

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 189

25 cts

30 SETIEMBRE
1928



- PERO ESTÁS LOCO. ¡DARLE MERMELADA A UN CERDO!
- ¡CLARO! ¡ASI TENDRA LOS JAMONES EN DULCE!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVIÓN NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación)

—Ella habla..., la oigo... acaba de decir: gracias a este metal yo puedo descubrir lo futuro... Mirad, mirad aquel reflector blan-

co... que proyecta sobre él la ruta... ¡Ay de mí ya no veo nada...

Y Vera se dejó caer casi extenuada sobre el pavimento.

Delira... —susurró Shasky.

—No —denegó Vera— no deliro... vosotros estáis ciegos... yo he visto...

Ambos hombres se miraron asombrados, y a los dos asaltó la misma duda, la de que Vera, merced a un concurso de causas inexplicables, se hallaba sin saberlo en presencia del gran secreto.

Mientras pensaban de esta suerte sin decírselo, Wassili posó los ojos en una especie de cuadro apoyado en un caballete y en el cual se leían las siguientes palabras en caracteres de fuego:

«El hombre posee una energía que puede hacer obrar por medio de la voluntad, fuera de su esfera de acción, para determinar, con su ayuda, una influencia duradera sobre un objeto lejano. La voluntad es la primera de todas las energías.

Van Helmont».

Y al pie de estas palabras, leíase la siguiente frase:

«La más cercana a Dios.

Guthowsky».

Mientras Vera conservaba inmóvil y silenciosa la misma postura, los dos hombres se señalaron el uno al otro un extraño objeto en el cual no se habían fijado hasta entonces.

Ambos retrocedieron horrorizados.

—¿Qué es eso?

Vera contemplaba con los ojos extraviados el nuevo espectáculo.

Se hallaban ante el cadáver de un hombre extendido sobre una lámina de plomo.

—Lo reconozco —dijo Wassili—. Lo conseguimos con mucho trabajo hace pocos meses sobornando al guarda de la sala anatómica de la Universidad. Yo me figuraba que el profesor lo había empleado para sus estudios de anatomía.

Wassili puso la mano sobre la frente del cadáver e hizo un gran gesto de asombro.

—¡Imposible! —murmuró.

Sacó entonces un termómetro del bolsillo y lo colocó bajo el sobaco del cadáver, observando al cabo de algunos segundos el pequeño instrumento.

—¡Es increíble! ¡Es monstruoso! Con unos cuantos grados más tendría este cadáver la temperatura vital.

—¿Qué cosa tan extraña! —dijo Shasky, y señalándole Vera a Wassili—. ¿No te parece ver una aureola luminosa alrededor de la cabeza de Vera?

—¡Ah! —exclamó Wassili no importándole que su exclamación retumbara como un cañonazo en el laboratorio— por fin estamos a punto de descubrir el secreto —y les señaló a Vera y a Wassili un tubo metálico que ponía en comunicación el acumulador central de los rayos N con una plancha de aluminio aplicada a la columna vertebral del cadáver en el punto que corresponde con el centro térmico espinal—. ¿Leéis con toda claridad en mi pensamiento? Los rayos N agudizan, exaltan los sentidos y la inteligencia del hombre; quizás el estado actual de nuestro organismo es debido a la abundancia de esos rayos contenidos en esta atmósfera. Llegaremos a ver lo que todavía se nos esconde poniéndonos en comunicación directa con el gran acumulador de los rayos N.

Los tres compañeros se acercaron al acumulador. Wassili cogió una mano de Vera, logrando vencer la impresión de quemante calor y de dolor que sentía. Shasky cogió la otra mano de la joven.

Por lo demás, todos los movimientos se cumplían con una facilidad y precisión increíbles, sin necesidad de recurrir a las palabras. Cada cual parecía leer en la mente del otro.

A una señal hecha por Wassili, Shasky cogió una de las planchas de aluminio y se la llevó a la sien. Las tres personas formaban de esta suerte un circuito abierto, no faltando para cerrarlo sino que Wassili cogiese la otra placa.

Wassili extendió la mano, pero antes de que pudiese realizar el movimiento para llevársela a la sien, los tres cómplices lanzaron un grito inexplicable de terror. Con los cabellos erizados, con los ojos fuera de las órbitas, parecieron acometidos por una visión apocalíptica. Los tres sintieron cercados por un tropel de sombras glaciales, que desencadenaban un huracán de hálitos fríos; deslumbradores relámpagos cegaron las pupilas, y al través de los párpados vieron como un torrente de sangre, que caía a plomo sobre sus cabezas desde ignotas cataratas. Tambalearon como si se abriese el pavimento bajo sus pies, y después, como bajo el peso de un terrible golpe, desplomáronse exánimes al suelo.

XII

El espejo de lo futuro.

Kuravief, el jefe superior de policía, celebraba frecuentes conferencias con Godunov; que le había prometido entregarle a los jefes de la Sociedad denominada los «Hermanos del Silencio», a los tenebrosos revolucionarios que habían tenido la audacia de presentarle al Czar su sentencia de muerte.

El Czar, desde aquel día, había perdido toda la confianza en Kuravief, y éste no podía contar con hacerse perdonar su mala suerte sino con un triunfo resonante y clamoroso. Pero el triunfo no llegaba.

Acababa de entrar el mes de abril y dentro de pocos días debía celebrarse en el campo de Marte la gran revista militar de Primavera.

El Czar temía que se hubiese tramado otra conspiración y abrumaba a preguntas al jefe superior de policía. Este le aseguraba al soberano que no había que temer nada, y que de un momento a otro, antes de que se verificase la revista, caerían en sus manos los jefes de la secta.

Al salir de su conferencia con el emperador, Kuravief se fué a ver a Godunov.

—¿Qué hay?

—Ya estamos dispuestos.

—¿Por qué no vamos?

—Comprendo tu apresuramiento —dijo Godunov mirando fijamente a Kuravief—. Tú no has hecho más que aprovecharte de mis trabajos y quisieras continuar del mismo modo hasta el final... Pero no creas que Godunov sea un imbécil.

Kuravief se quedó desconcertado.

—¿Quieres algo? ¡Dilo!

—Comprenderás —continuó Godunov sonriendo— que bastaría que yo le dijera nada más que una palabra al Czar para perderte y encumbrarme. Si yo renuncio a esto es natural que aspire a algún premio por mi renuncia.

—Es justo. ¿A qué premio te refieres?

—Ya sabes que entre los presos figurará Vera Sadoff, la hija del general, del fiel amigo del Czar.

—¿Y bien?

—No hay duda de que las vísceras paternas del anciano general se enternecerán ante la desventura de su hija, y que se pondrán en juego los resortes más poderosos para conmovir al Czar hasta obtener, por ejemplo, que la malvada joven sea encerrada en un convento...

—Todo eso es posible.

—Conforme; todo eso es posible, pero no debe suceder; Vera es mía, ¿lo entiendes?

El acento de Godunov era tan feroz, que el mismo Kuravief estremeciéndose de espanto.

—¿Y qué manera hay de impedirlo?

—Yo únicamente me apoderaré de la joven y desde aquel momento me pertenecerá.

—¿Y si el Czar me pidiese cuentas?...

Godunov hizo un mohín desdeñoso.

—¿Y si yo le dijese al Czar que Kustuni Kuravief, su jefe de policía, es un ser inepto, incapaz de descubrir el menor hilo de toda la red de conspiraciones que rodea al Czar hasta en sus más leales adeptos? ¿Si le dijese que esa ineptitud es tan inverosímil que hasta pudiera parecer... complicidad?

Kuravief se puso muy pálido.

—¿De qué modo haré lo que me exigas?

—Eso es cosa tuya.

Kuravief permaneció un instante silencioso. Luego dijo con resolución:

—Lo haré.

—¿Vera será mía?

—Verá será tuya.

Un fulgor de triunfo brilló en los negros ojos de Godunov.

—¡Hasta la noche, pues!

—Hasta la noche.

Los dos hombres se separaron después de haberse estrechado la mano.

Godunov se dirigió a casa del general Sadoff.

Este estaba desconocido. Todos sus esfuerzos para ocultar la fuga de Vera habían resultado inútiles, y en muchos sitios corría el rumor de que la hija del general Sadoff se había afiliado al partido revolucionario. El anciano general no había puesto más los pies en la Corte ni se había dejado ver en público. Sólo de cuando en cuando veía a Godunov, al cual le pedía nuevas acerca de las pesquisas hechas para dar con el paradero de su hija. El general Sadoff abrigaba la esperanza de encontrar a la fugitiva, acariciaba fieros designios de una ejemplaridad cruel; pero a veces su alma paternal se aprovechaba de la debilidad física para hacer valer cerca del soldado sus derechos a la piedad. Entonces el general sentía ablandarse su antigua dureza, y pensaba que con colocar a su hija en la imposibilidad de hacer daño alguno habría cumplido lo bastante con su deber... Godunov leía estas ideas y sentimientos en la mente y en el corazón del general y velaba...

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó el general Sadoff a Godunov apenas hubo éste entrado.

—Ninguna.

—¿Ninguna? —murmuró el general dejando caer sobre el pecho el desalentado rostro.

—O cuando menos ninguna grata o cierta. Nada más que rumores vagos, recogidos acá y acullá.

—¿Y qué es lo que dicen esos vagos rumores?

Godunov titubeaba.

—¡Habla de una vez! —exclamó el general mirando fijamente a Godunov con el rostro todavía fiero y centelleante—. ¿Crees que no estoy ya bastante preparado para el infortunio?

—Pues bien, general, ya que lo quiere usted, dícese que su hija ha muerto.

Sadoff tambaleóse un momento, pero luego dijo irguiéndose fieramente:

—¡Más vale así! ¡De este modo habrá acabado su vergüenza!

Pero el anciano, a pesar de su firmeza, sintió que le flaqueaban las piernas.

Godunov acercóse a él para sostenerlo.

—¡No! —exclamó el general—. No necesito de tu brazo, sino de que no me falten los míos.

E irguióse de nuevo con fiereza.

—¿Crees que esos rumores sean verdaderos? —dijo al cabo de poco.

—No sé. ¡Son tantas las noticias contradictorias que corren en estos tiempos!

—¡Pues haz de manera de adquirir la certeza! ¡Que yo sepa, al menos, si debo de morir!

Y volviéndole de pronto las espaldas a Godunov, el arrogante anciano retiróse a su habitación.

Era ya de noche.

El Palacio de Invierno, especialmente la parte reservada al Czar y su familia, estaba sumida en el mayor silencio.

(Continuara en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZÓN

¡NO ESTÁ MAL ES-
TE ESCONDRIJO!
¡SI UNA VEZ DENTRO
PUDIERA CERRAR
DESAFIABA A CUAL-
QUIERA A ENCON-
TRARNOS!



¡HA SIDO MARAVI-
LLOSO COMO ANITA
DETUVO A LOS CRI-
MINALES, ME GUS-
TARÍA OIRSELO RE-
FERIR A ELLA!

¿NO ESTÁ
EN CASA?



¡VÁMONOS PELUCHO
ANTES DE QUE ME
HAGAN REPETIR POR
MILESIMA VEZ EL
SUCEDIDO!



¡LA GENTE ES INCAN-
SABLE PREGUNTANDO!
¡SI SE LES HICIERA CASO
VOLVERÍAN LOCO AL MAS
CUERDO!



¡CLARO QUE LO HACEN
SIN MALA INTENCIÓN,
PERO NO ME DEJAN NI
DESCANSAR!



POR ALLÍ VIENEN DOS
CONOCIDOS, NOS IRE-
MOS POR OTRO SITIO!



¡YA ESTAMOS EN EL
CAMPO! ¡AQUÍ NO VEN-
DRÁ NADIE A MOLES-
TARNOS!



¡CLARO QUE A LA
GENTE LE INTRIGA
SABER COMO UNA
NIÑA HA PODIDO
DETENER A
UNOS FERO-
CES BAN-
DIDOS!



¡CLARO QUE ME IMPUL-
SARON DOS MÓVILES; UNO
PRESTAR UN SERVICIO A
LA HUMANIDAD, Y OTRO:
CON EL IMPORTE DEL PRE-
MIO SOCORRER A LOS
POBRES!



¡BUENOS DIAS ANITA! ¡TE
FELICITO POR TU HAZAÑA!
¿Y COMO SUPISTE DONDE
ESTABAN ESCON-
DIDOS LOS BAN-
DIDOS?



¡PCHS!
¡POR CA-
SUALI-
DAD!

¡Y QUE LO HICIS-
TE MUY BIEN!
¡CUÉNTAME
COMO FUE!

¡AHORA ME
ES IMPOSIBLE
PORQUETEN-
GO MUCHA
PRISA!



¡NI EN EL CAMPO ME
DEJAN TRANQUILA! ¡ME-
JOR SERÁ QUE ME VAYA
A CASA, YA QUE FUERA
NO ME DEJAN EN PAZ!



¡ESTO DEMUESTRA QUE
SI HACES UNA COSA QUE
SE SALGA DE LO CORRIEN-
TE TIENES LA MISMA PROBA-
BILIDAD DE OCULTARTE QUE
UN PEZ DE COLORES EN
NA PECERA DE CRISTAL!



REVISTA

EMILIO SALGARI

(Conclusión.)

—¿Qué tengo que hacer, Rey de Reyes?— preguntó el padre Genaro.

—Tú, como religioso, has de tener alguna influencia sobre el generalísimo de las fuerzas invasoras, que es cristiano como tú, y no dudo de que te escuchará.

—No soy más que un pobre misionero.

—Vas a ir a ver al generalísimo, y le dirás que no intente asaltar Magdala, si no quiere correr a la ruina, pues somos más numerosos de lo que cree, y estamos decididos a resistir hasta lo último. Si consigues disuadirle de que ataque, atemorizándole, te prometo levantar de nuevo a mis expensas el poblado y a restituirte todos los bienes que te he confiscado.

El misionero meneó la cabeza.

—No puedo asumir una responsabilidad semejante —dijo con voz firme—. Lo más que puedo hacer es aconsejarle que debe ser clemente con los vencidos.

—¡Irás —gritó Teodoro, furibundo—, y me jurarás por la Cruz y por Dios que has de volver aquí, sea cual fuere el resultado de tu misión!

Descolgó del cinto una pistola y apuntó a la frente del misionero.

—¡Jura sobre la Cruz que volverás, o hago fuego!

—¡Lo juro! —respondió Argelli.

—¡Vé, pues!

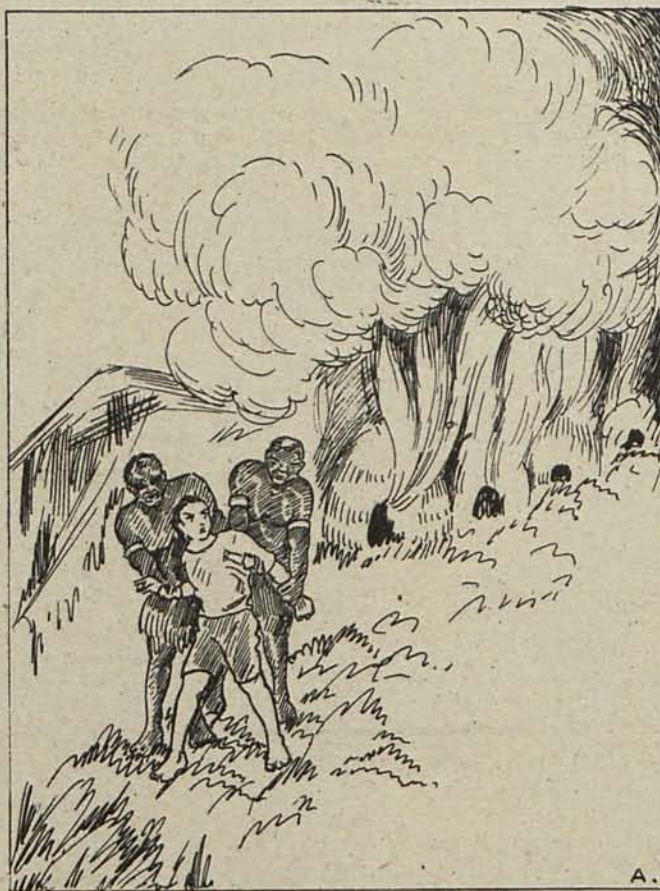
Otro mulo, ricamente enjaezado, esperaba al misio-

nero con nueva escolta de jinetes, que en las lanzas llevaban trapos blancos para advertir a las vanguardias inglesas de su condición de parlamentarios pacíficos.

Al mediodía, el Padre Genaro entraba en la tienda de sir Roberto Napier, comandante en jefe del ejército angloindio.

Fué vivísima la sorpresa del inglés, que creía muerto al misionero hacía mucho tiempo, como lo suponían también los otros religiosos que pudieron sustraerse con tiempo a la furia del cruel monarca.

El misionero le expuso el motivo de su visita, que le había impuesto el rey Teodoro; pero se guardó bien de decirle lo que aquél le había sugerido. Por el contrario, con franqueza le informó de que Magdala estaba casi desguarnecida de tropas, de que los abisinios estaban desanimados, y de que si quería salvar a los prisioneros europeos que habían sido capturados antes de llegar a las orillas del



Todas las cabañas y los cobertizos estaban reducidos a cenizas...

Mar Rojo, era necesario disponer cuanto antes el asalto de la roca. Pero al decir al general que tenía que volver, por haberlo jurado solemnemente sobre la Cruz, aquél acudió a todos los medios para hacerle desistir.

—Si volvéis, aquel bárbaro os matará —le dijo—. Dejad a un lado el juramento, y permaneced aquí.

—Un religioso no puede faltar a tan sagrada promesa —respondió el heroico misionero—. Suceda lo que quiera, yo he de volver.



Fueron vanos todos los esfuerzos del general. Media hora después, Genaro Argelli emprendía el regreso a través de los senderos montañosos, acompañado por la escolta abisinia.

Sir Roberto Napier, impresionado por el heroísmo del joven, prometiéndose salvarlo a toda costa.

Apenas hubo desaparecido la escolta abisinia, hizo tocar llamada y disponer a sus tropas para el asalto a la roca. Los regimientos angloindios abandonaron el campamento y treparon atrevidamente por los escabrosos senderos, mientras la artillería, colocada ya en posiciones ventajosas, hizo un violentísimo fuego contra las murallas para abrir en ellas brecha.

A las cinco, los primeros regimientos llegaban al pie de las murallas, después de haber rechazado algunas cargas de la caballería abisinia, y se lanzaban al ataque de la roca, a pesar del fuego de los falconetes enemigos.

Los acertados disparos de la artillería inglesa abrieron paso a través de las murallas, y a las seis, las columnas angloindias irrumpían en Magdala, después de haber dispersado a sus defensores. Apenas habían entrado, cuando oyeron gritar por todas partes:

—¡El rey ha muerto!

Era verdad. Teodoro, al ver aparecer a los primeros ingleses, y no queriendo caer vivo en las manos de sus enemigos, se había disparado un tiro de pistola en la boca, cayendo al suelo como herido por un rayo.

El tirano que había ensangrentado Abisinia durante tantos años se había hecho a sí mismo justicia.

Sir Napier hizo buscar en seguida al padre Genaro, a quien encontraron en el patio del palacio real, vivo aún por verdadero milagro, porque Teodoro, antes de morir, había dado orden de que lo arrojaran como pasto a los leones.

El Padre Genaro fué conducido, cumpliendo la despiadada orden, a un patio circundado de altos muros de piedra.

En dos de las cuatro paredes había practicadas unas puertas que se habrían tirando de ellas hacia arriba desde un parapeto o saliente del muro hecho a unos seis metros del suelo.

El Padre Genaro, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos puestos en el cielo, esperaba que las puertas fueran levantadas y el salto de los leones.

En aquel momento un infernal vocerío le hizo volver la cabeza.

Sólo el rapidísimo asalto de los ingleses pudo salvarlo, impidiendo a los sicarios de Teodoro consumasen el sacrificio.

El Padre Genaro pudo reunir de nuevo a sus protegidos, ayudado por los ingleses, y reedificar su poblado, que llegó a ser uno de los principales de Abisinia, y que prosperó durante

muchos años, hasta que el rey Juan, sucesor de Teodoro, decretó la expulsión de los misioneros europeos que residían en sus Estados.

Pero aún se recuerda en toda Abisinia, con profunda veneración, al heroico religioso, que fué llamado el padre de las víctimas de Teodoro.



—¡EL REY HA MUERTO!

FIN



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE, CURRINCHE ¿QUÉ DICE ESE LETRERO QUE NOS HAN PUESTO AHÍ ARRIBA?

PUES COPIADO A LA LETRA DICE ASÍ: DE COMO PASAN EL RATO, CURRINCHE Y DON TURULATO



¡A VER! ¿ESE QUE HA ESCRITO EL LETRERO, QUE LO BORRE Y QUE NO SE META EN LO QUE NO LE IMPORTA; QUE NOSOTROS PASAMOS EL RATO EN LO QUE NOS DA LA REAL GANA! ¿SABE?

SÍ, SEÑOR; ASÍ SE HABLA



PUES POR NO QUITARLO, VERÁS TÚ LA QUE SE VA A ARMAR. ¡CON MENUDO GENIO ME HE LEVANTADO HOY!

PUES COMO YO ME ECHE A LA CARA AL QUE LO HA ESCRITO LO PULVERIZO



¿HA SIDO USTED LA QUE HA PUESTO ESE LETRERO AHÍ ENCIMA?

NO, SEÑOR; YO NO ME HE MOVIDO DE AQUÍ EN TODA LA TARDE. ¡QUE LO DIGA MI PERRITO!



BUENO, SI LLEGA A SER ELLA O SU PERRITO, NO QUEDA A ESTAS HORAS, NI EL RABITO

EL RABITO SE LO HUBIERA COMIDO UN SERVIDOR, ASADO A LA PARRILLA

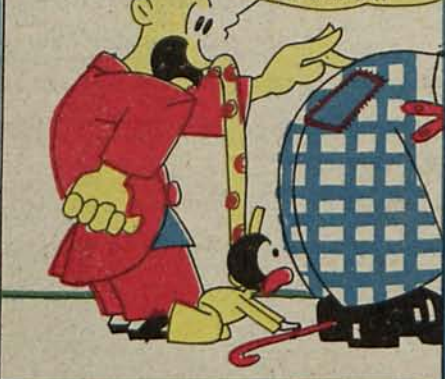


OIGA, POLLO; NO SE HAGA EL DISTRALDO; ¿HA SIDO USTED EL PINTOR DE ESE LETRERO DE ARRIBA?

NO, SEÑOR; YO NO PINTO NADA



¡EH, CABALLERETE! ¡NO SE VUELVA DE ESPALDAS QUE YÓ YA LO HE CONOCIDO! ¡USTED HA SIDO EL QUE HA ESCRITO ES DE AHÍ ENCIMA!



SÍ, SEÑOR; YO HE SIDO. ¿QUÉ PASA?



PUES QUE VENIAMOS A FELICITARLE POR LA LETRA TAN BONITA QUE TIENE





COLORÍN Y SU PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

EL MÉDICO AMBICIOSO

Castillo

UN matrimonio muy pobre tenía diez hijos y el marido necesitaba trabajar día y noche para procurarles pan. En esto tuvieron el undécimo hijo. El padre se afligió mucho. «Un hijo más», decía, y ya pasaba todas las penas del mundo para mantener los otros diez. El recién nacido era un muchachote robusto, que, según las señales, había de tener buen apetito.

—¿Cómo voy a alimentarlo? —se decía el padre pensativo.

Entonces se le ocurrió una idea peregrina.

—Si yo encontrara —pensó— unos padrinos que se encargaran de él...

Y se marchó a la calle en busca de padrinos.

A los pocos pasos encontró al diablo; éste se le acercó y le dijo:

—Sé lo que buscas: un padrino para tu hijo.

—Es verdad.

—¿Quieres que yo lo sea? Daré oro a tu hijo hasta la saciedad y le haré gustar todos los placeres de este mundo.

—No —respondió el hombre—, no quiero nada contigo porque sé quién eres. Te he reconocido en ese pie juanetudo. Tú conduces a los hombres por los senderos del mal y les procura la condenación eterna.

Más allá se vió detenido por doña Muerte, que le dijo:

—Oye, tú, ¿me quieres por madrina de tu hijo? Mira que soy buena madrina...

—Me conviene —dijo el hombre—. Tú eres justa, pues no haces distinciones irritantes: ricos o pobres, a todos tratas lo mismo.

—Haces bien en aceptar —le replicó doña Muerte—; los que yo protejo llegan a ser ricos y célebres.

—Corriente; el domingo que viene bautizaremos al chico —dijo el hombre, y se volvió a su casa.

Llegó el domingo, se celebró el bautizo y fué madrina doña Muerte.

Al cabo de algunos años volvió doña Muerte a casa del pobre hombre, acarició a su ahijado y se lo llevó al campo consigo. Pasando por los linderos de un bos-

que, le mostró una planta de las más ordinarias, diciéndole:

—Esta planta es mi regalo de madrina; te la doy. Puedes servirla de ella para curar todas las enfermedades. Por consiguiente, hazte médico y tu fama se extenderá por todo el mundo; ganarás tanto dinero que no sabrás qué hacer con él; pero entendámonos: si al visitar a un enfermo ves que estoy a los pies de su cama, invisible para los demás, pero no para ti, que me conoces, quiere decir que el enfermo me pertenece y que

estoy pronta a llevármelo. En ese caso guárdate de darle ese remedio. ¡Ay de ti si se lo das!

El muchacho creció; mas no echó en saco roto lo que le había dicho su madrina. Se hizo médico, bastándole pocos meses para tener más fama que todos los médicos juntos.

—¡Es un hombre maravilloso! —decían—. Está haciendo milagros; no hace más que mirar al paciente y le basta un segundo para pronosticar si la cura es posible o si ha llegado su hora. ¡Y no se equivoca nunca!

De todos los países empezaron a venir enfermos que querían consultarle. Ganaba más oro que pesaba. Enriqueció a sus padres, a sus hermanas, a sus hermanos, a toda la familia, quedándole bastante para comprar un palacio y vivir con todo lujo.

Pero un día fué llamado para asistir al rey, que se había puesto enfermo de alguna gravedad. En cuanto se aproximó al lecho del soberano, divisó a su madrina acurrucada a los pies de su real majestad. Semejante encuentro le contrariaba mucho, pues le importaba no poco salvar al augusto enfermo, desahuciado por otros médicos rivales suyos.

—¡Vaya! —se dijo para sí—. Estoy seguro de que si le hago una mala partida a mi madrina se enfadará un poco, pero acabará por perdonarme.

Doña Muerte se colocaba siempre a los pies del enfermo que debía morir.

El médico asió al enfermo por la cintura, le dió la vuelta y le puso los pies en la almohada. En seguida le hizo tomar unas gotas del jugo de la famosa planta y el rey se levantó de la cama, acto continuo, enteramente bueno.





Era lo que le faltaba para colmo de su celebridad. Desde aquel instante su reputación eclipsó la de todos los médicos del mundo.

Pero doña Muerte se le presentó, y en lugar de sonreírle como de costumbre, le dijo, mirándole de una manera sombría:

—¡Te has burlado de mí!... Está bien: por esta vez te lo paso; quiero ser indulgente porque eres ahijado mío; pero como lo hagas otra vez, ¡pobre de tí!

Algún tiempo después cayó mala, también de gravedad, la única hija del rey. Sucedió lo que era de esperar. El rey hizo llamar al médico famoso, prometiéndole que si curaba a su hija se casaría con ella y heredaría la corona.

Pero cuando el médico entró en el cuarto de la princesa, vió otra vez a doña Muerte a los pies de la cama.

Doña Muerte, invisible para todos menos para el médico, miraba a éste con severidad y le amenazaba con los puños para que se acordara de lo convenido.

Pero la tentación era tremenda. Una princesa por esposa y una corona en la frente no son de desdenar. Tales ocasiones se presentan sólo una vez en la vida.

El médico no vaciló más que un instante; cambió de posición a la princesa, lo mismo que había hecho con su padre, y le dió algunas gotas del jugo de la planta que sabemos. La princesa se encontró curada.

Todo era júbilo en la corte, y el rey mandó que empezaran inmediatamente todos los preparativos de la boda. Pero apenas el médico, rebosando de alegría entró en su casa, apareciósele airada su madrina. Jamás la había visto con un gesto tan amenazador.

Doña Muerte agarró a su ahijado por mitad del cuerpo con su mano helada y se lo llevó a una vastísima caverna.

Allí, esparcidas por el suelo, ardían innumerables antorchas, millones de millones, incontables... Las unas

eran grandes, las otras medianas, otras pequeñas. A cada segundo se apagaban centenares de ellas; pero brotaban del suelo y se encendían otras tantas. Este continuo apagarse y encenderse de tantos cientos de luces producía un movimiento luminoso de efecto singular; aquello parecía un lago de fuego agitado por el viento.

—Estas antorchas —dijo doña Muerte— representan

otras tantas vidas; eso es la vida humana en su total conjunto. Las antorchas grandes son la vida de los niños; las pequeñas son las de los ancianos; las diminutas son las de los recién nacidos y de todos los que están mamando.

—¿Y dónde está la mía en esa inmensidad —preguntó el médico.

—Mírala allí —le contestó doña Muerte señalando una vacilante lucecilla próxima a apagarse.

—¡Madrinal! —clamó el médico asustado y con el acento más desgarrador—. ¡Perdonadme!... ¡No lo haré más!...

—Me has faltado dos veces.

—¡No me quitéis la vida en el momento en que me voy a casar con la princesa!... Dejadme ser rey un año..., un mes...,

una semana..., ¡aunque no sea más que un día!... Si mi luz se ha de apagar necesariamente, haz que se encienda otra para mí.

—No puedo —respondió doña Muerte—; sería necesario, para encender otra, que la primera se hallara consumida.

—¡Pero madrina, poned ese cabito que se apaga encima de otra antorcha de las nuevas! Así, cuando la una se apague, se encenderá la otra.

—Voy a hacerlo según tu deseo —le respondió la madrina.

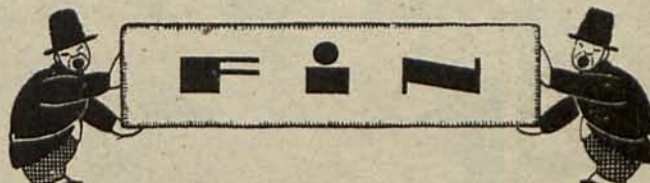
Pero se lo decía por engañarle, pues cuando tomó el resto de la antorcha para colocarlo encima de una de las grandes, se las compuso de suerte que la mortecina luz se le escapó de las manos y se apagó al caer.

Al mismo tiempo cayó también el médico.

Su cuerpo inanimado estaba a los pies de su madrina.

Con él se perdió el secreto de la planta que lo cura todo.

Doña Muerte no quiso comunicárselo a nadie, segura como estaba de que otro cualquiera abusaría como había abusado su ahijado el médico ambicioso.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Ya me tienes aquí, mi querido buho, y hoy traigo el tema de nuestra charla. ¿Ves esta estampa que representa a un hombre primitivo? Pues de eso vas a hablarme hoy. De cómo vivieron los hombres primitivos. ¿Te agrada el tema?

—Con tal de satisfacer tu curiosidad, todos los temas me parecen buenos. Ya sabes, mi buen Chonón, que yo siempre dejo a tu elección el motivo de nuestras charlas. Hablaremos, pues, del hombre prehistórico.

—Sí; de los tiempos en que el hombre vivía como viven las fieras.

—De esa forma que tú supones no ha vivido nunca el hombre. Nunca ha podido probarse que la degradación moral y el estado de salvajismo de los seres humanos llegase a tal punto que pudiera confundirse su vida con la de las bestias. El don de la inteligencia ha colocado siempre al hombre en un nivel superior a los demás seres del reino animal. Su cultura, su civilización, su arte y sus creencias habrán sido, no debe dudarse, tan rudimentarias en cierto periodo de su vida, que tales generaciones no han dejado ni huella de su paso por la Tierra; pero el instinto humano, unido a su exclusiva cualidad de la razón, le ha hecho destacarse sobre los demás seres.

—Estoy orgulloso de pertenecer al género humano, mi querido buho. Tú, en cambio, no puedes decir otro tanto.

—Y yo estoy orgulloso de ser lo que soy. Ya quisieran muchos de tu especie tener mi sabiduría.

—Bueno, no regañemos por tan poca cosa.

—No te metas conmigo, y así no harás que me enfade.

—Anda, sigue con la charla, y no hagas caso de mis tontunas. Dime: ¿dónde vivían estos hombres primitivos? Supongo que no habría casas como las de ahora, ni ciudades, ni puentes para cruzar los ríos, ni siquiera cerillas para encender fuego.

—Naturalmente que no había nada de eso. Pero ellos tenían sus viviendas, formaban sus pequeñas agrupaciones o tribus, cruzaban los ríos y disponían de fuego para calentarse y asar sus alimentos.

—Vivirían a la intemperie.

—No, señor; vivían en cavernas naturales, cuyas entradas protegían con grandes piedras para evitar que en ellas pudieran entrar los animales feroces.

—Pero no estarían siempre encerrados en las cavernas, y al salir de ellas tendrían que encontrarse con esos animales.

—Para eso ha dispuesto el hombre desde los más remotos tiempos de armas más o menos rudimentarias, pero siempre muy temibles. Con piedra de pedernal, que es la más dura que se conoce, se hacían morrillos o porras, y otras veces hachas cortantes, que fabricaban a fuerza de rozar unas piedras con otras. Con estas armas no sólo se defendían de las fieras, sino que les daban muerte y se proporcionaban, con sus pieles, abrigo para el cuerpo y lecho donde descansar con cierta comodidad.

—Y, además, carne para comer.

—Es cierto. La pesca y la caza eran abundantísimas en aquellos remotos tiempos. Sólo costaba el trabajo de cazarla o pescarla.

—Baratísima. ¡Si aquellos pobladores supieran lo que cuesta ahora un conejo, una langosta o una perdiz! Se morirían del susto.

—Fulminantemente, Chononcito.

—Me has dicho antes que también disponían de fuego, y esto me tiene muy intrigado. No sé, no se me ocurre pensar como sin cerillas, sin electricidad, podían disponer de este elemento.

—Lo obtenían por varios medios. Todos ellos naturales, claro

está. Uno consistía en recoger fuego del que en abundancia arrojaban los volcanes. Otro, en obtenerlo del fuego de los bosques, entonces también abundantísimos, producido por las chispas eléctricas que caían durante las tormentas, también muy frecuentes y muy terribles en aquellas edades, y otro, ya más moderno, desde luego, que consistía en frotar durante mucho rato dos trozos de madera para engendrar fuerte calor y con éste el fuego.

—Pues ¿hacerle le mando al que tenga que encender un nadero de esta forma. Es para sudar tinta, ¿no te parece?

—No les hubiera venido mal este sudor. Así ya hubieran tenido un magnífico líquido para pintar y escribir. Pero ellos tenían que hacerlo utilizando una piedra muy dura y muy aguzada, con la que rayaban en otras piedras más blandas. Así escribían y así pintaban, o mejor dicho, así dibujaban los que sabían hacerlo, porque has de saber que en todas las épocas ha habido hombres aficionados al arte. En las paredes de muchas de las cavernas habitadas por el hombre primitivo aparecen dibujos representando, por regla general, animales, algunos de ellos muy bien hechos, lo que demuestra la inclinación natural del hombre a las manifestaciones de arte.

—También llevarían adornos, ¿verdad?

—Cuando empezaron a tejer con esparto ya adornaban sus vestidos y su cuerpo con collares, brazaletes, dijes y otros objetos, que se fabricaban con piedrecitas pequeñas, conchas, turquesas, etc... También desde los más primitivos tiempos tuvo el hombre sus creencias religiosas, como lo atestiguan multitud de pruebas, entre ellas los huecos practicados en las paredes con inscripciones alrededor alusivas a unas raras divinidades dibujadas en la roca.

—Lo que sería imponente es verse rodeado de tanto animal feroz como habría por los bosques.

—Debería serlo, sin duda. Imagínate que casi toda la tierra estaba cubierta de espesos matorrales e inmensas selvas, donde campaban por sus respetos leones, tigres, osos formidables, manadas de voraces lobos, enormes serpientes, caballos salvajes, elefantes monstruosos y otros animales de gigantescas proporciones. Los ríos, anchos y muy caudalosos, estaban poblados de hipopótamos, rinocerontes, caimanes, tortugas gigantescas, cocodrilos y otros varios.

—Una verdadera delicia, para estar metido en casa todo el día y toda la noche.

—Era curiosa también la manera de contar que tenían. Sólo designaban con palabras los números uno, dos, tres y cuatro; para el cinco empleaban una mano; para el seis, una mano y uno; para el diez, dos manos; para el quince, dos manos y un pie, y el veinte lo representaban por un hombre.

—Curiosísimo, y, además, fácil. Verás cómo yo he entendido el procedimiento perfectamente. Supongamos que quiero expresar el número noventa y cinco. Diría lo siguiente: Cuatro hombres, dos manos y un pie.

—Espera a ver que eche la cuenta. Cuatro hombres representan ochenta, porque cada hombre vale veinte, y dos manos y un pie, que valen quince, y como ochenta y quince son noventa y cinco, pues está bien la cuenta. Eres un gran calculador, amigo Chonón. Tú hubieses hecho un gran hombre primitivo.

—Indirectas no, querido buho. No vale meterse conmigo.

—Amor con amor se paga. Antes has sido tú el que me has gastado una broma, y ahora soy yo; de modo que estamos en paz.

—Completamente en paz y tan buenos amigos, tan inseparables como siempre. Venga un abrazo, y hasta otro día, amigo buho.

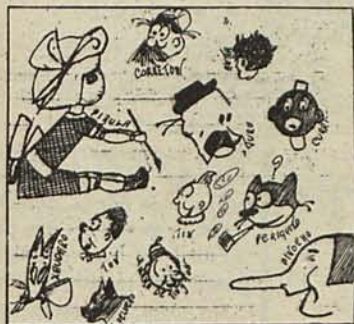
—Hasta otro día, mi buen Chonón.



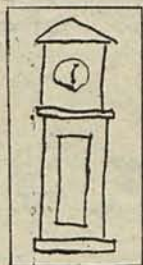
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



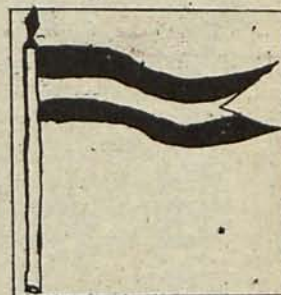
¿Los conocéis?
MARGARITA COU.



El reloj de mi casa.
CARLITOS DAHL
Y BONET.



Don Penfrito.
RICARDO RODRÍGUEZ.



La bandera española.
FERNANDO PASTRANA.



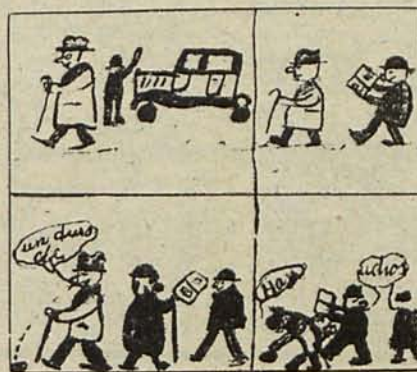
Un pollo «mala».
ROSITA CASTILLO.



Lo típico de Cuenca.
SALVADOR.



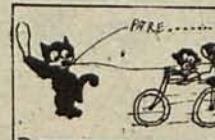
M. ALVAREZ TRUJILLO.



Desdichas de Tiburcio.
E. FIGUERAS.



Cazando.
JOSÉ LLÁCER.



Morronguis, guardia de la porra.



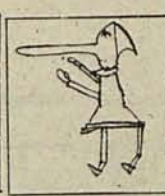
Una mujer de pueble.
PEPITA BURGOS.



El héroe Pinocho.
ANGELITO LAFUENTE.



La manía de Currinche y su borrico compinche.
PEPE ALVAREZ.



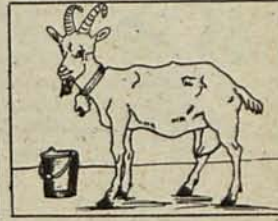
Pinocho.
MANUEL G. BADA.



Los Reyes Magos.
ALBERTO RAMÍREZ.



Chonón.
L. A. NIETO.



Una cabra.
MIGUEL ALMIÑANA.



Mi tía.
R. R. A.



Alejandro Benayas.



Un pase natural.
SALVADOR.



Un cañón.
ALOLFO MIRANDA.



Un castillo árabe.
JORGE FERNÁNDEZ.



Solimán.
ESTEBAN GONZÁLEZ.



Un velero.
ADOLFO CARMONA.



Currinche.
R. LOSADA.



El barco de Pinocho.
J. GONZÁLEZ.



La mula de mi tío.
A. M.



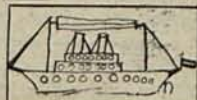
El mapa de España.
ANGEL LABORDA.



Un match.
M. PÉREZ MORALES.



Una venta.
ALBERTO MARTOS.



Un barco.
S. R. FERREIRA.



Paisaje.
ELISA LAIRADO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL MONO POLICÍA

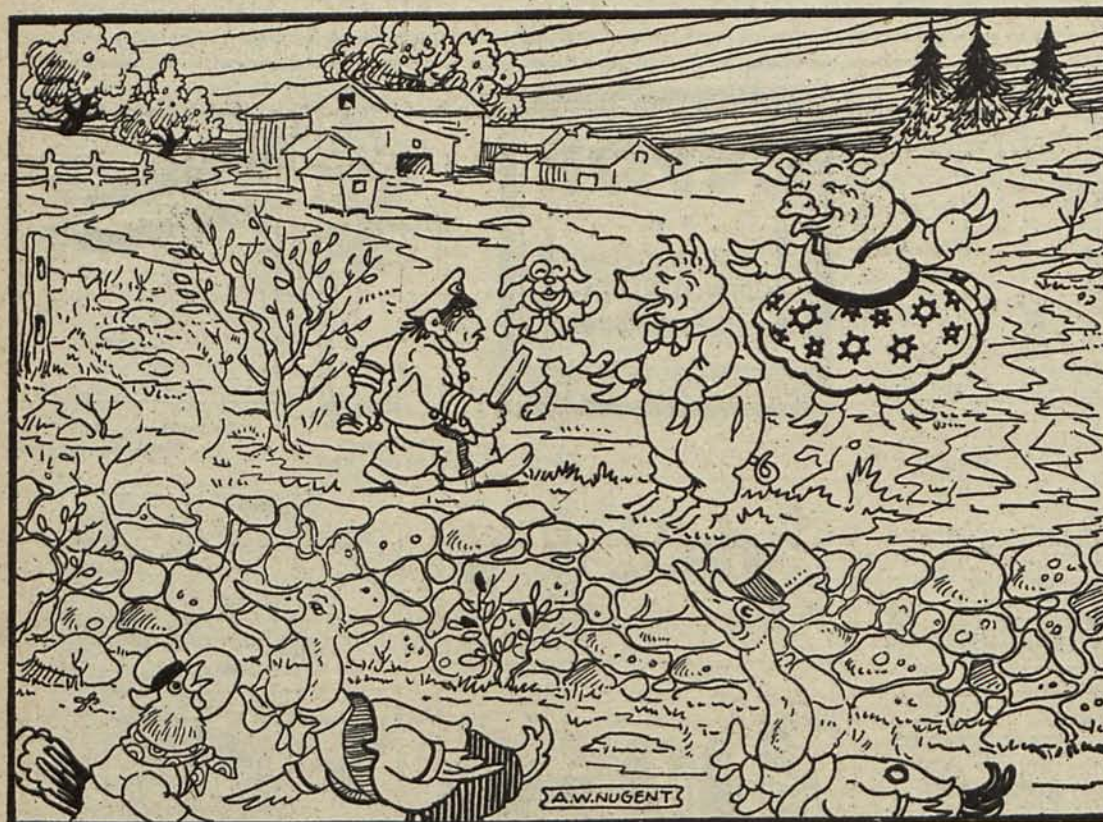
Como ya sabéis que los monos se vuelven locos por imitar todo lo que ven hacer, éste de nuestro dibujo se ha empeñado en que los animales de una alquería vayan unos por la izquierda y otros por la derecha, para lo cual se ha vestido de guardia de la porra.

En este momento está preguntando a un cerdo si ha visto a un gallo y dos ardillas, pues ha de multarles por haberle desobedecido.

Nadie le da razón de estos bichos, porque nadie toma en serio al fatuo mono.

En nada está uno tan expuesto a hacer el ridículo como en querer desempeñar cargos para los cuales no está uno capacitado.

Buscad al gallo y las dos ardillas, y decidles que no se escondan, pues no les ha de pasar nada.



ROMPECABEZAS



Trácese dos líneas que partan desde la ardilla y vayan a parar cada una a un cascabel. Tres líneas desde la rana, una a cada seta. Y otras tres que vayan desde el gato, una a cada pez.

Estas líneas no deberán tocarse ni cruzarse.

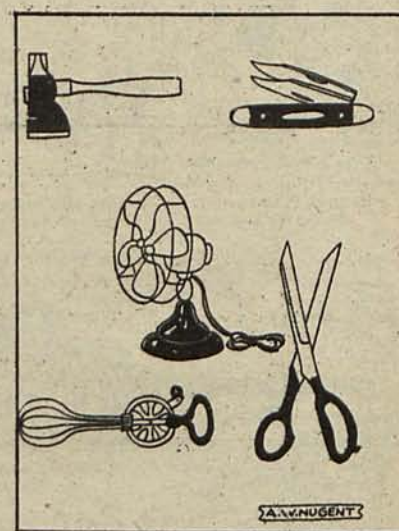
CUPÓN

DE SOLUCIONES DEL MES DE SEPTIEMBRE

189

Envío del Pinochista D. _____

DIBUJO CON ERRORES



Cinco son los errores que habéis de buscar y encontrar en este dibujo. Como hay dibujados cinco objetos, no creáis que cada uno tiene un error, pues mientras uno no tiene ninguno, otro tiene dos.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

Números 159, 160, 161 y 162.

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

Primer premio : Leandro Martínez.

Segundo premio: Isabelita Cuevas.

Tercer premio : Tarsicio Menchero.

Cuarto premio : José María Fernández.

Quinto premio : Manuel Alvarado.

ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Josefina Redruello, Luis María Cantero, Ramiro Sancho, Jesús Migueláñez, Rafael Castán, Pedro Castán, Remigio Santolalla, Pepita del Olmo, Otilia Crespo, Jerónimo Faubel, Santos Cruzado Manuel González, Manuel Soria, Trini Alarcos, José Sánchez, Paquito Méndez, J. Soto, Pablo Borbayate, Maruja Peña.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MARZO

Números 159, 160, 161 y 162.

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

Cuentos... } Primer premio : Pedro Alvarado.
Segundo premio: Luis Alvarez.

Dibujos... } Primer premio : Fernandito Esteve.
Segundo premio: Manuel Luna.

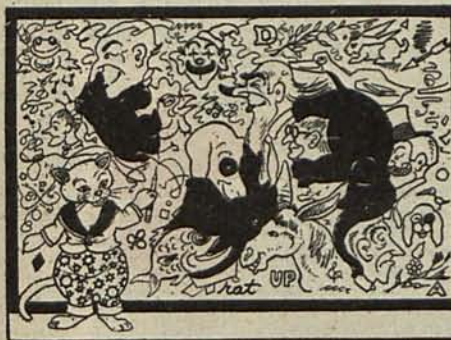
ACCESITS consistente en un **DIPLOMA** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

R. Revilla, Luis Vidal Rivas, Rosario Losada, Alfredo del Campo, José García Rodríguez, José Egea, Manolito Pérez, Antnño María Garicano, José Maroto, Aurorita Carrasco, Francisco Reguera, Alfonso Iñigo, Michel Torres, Emilio Honrado, D. Motilla, Lolita Arenas, Angel Müller, Antonio de la Peña, Emilia de la Llave, Lolare Renée, Carmen Sanz, Victoria López, Antonio Gálvez, B. de Bustos, Gabriel Monje, Eduardo Delgado, Luis F. Villaverde, Anita Serrano, Teresa García, Teresa S. Covisa, Victoria Tacón.

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE MAYO

NÚMEROS 168, 169, 170, Y 171

MESA REVUELTA



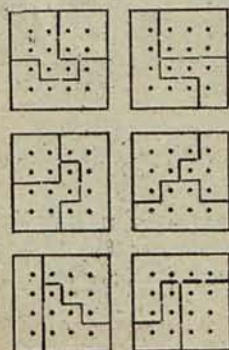
LOS VALIENTES



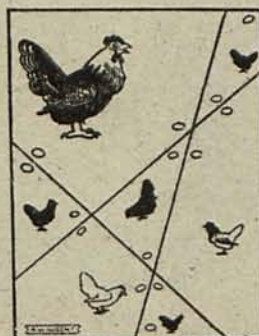
LA CHARCA



EL REDIL



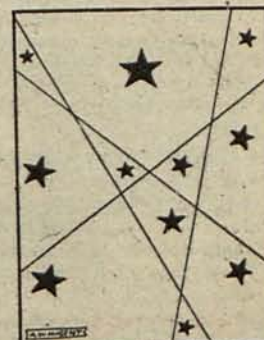
LAS CALLINAS



EL MONO SABIO



LAS ESTRELLAS



(Continuará en el número próximo.)



Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

Una aventura fantástica. — Yo no digo que esto sea un defecto; pero es el caso que Carola es más novelera de lo que puede suponerse.

No es sólo que le guste leer novelas y cuentos, sino que luego los ve por todas partes, cualquier hecho se le antoja extraño y misterioso, y vive con la obsesión de que le va a suceder alguna de esas aventuras fantásticas que sólo en las novelas — que yo sepa — se ven.

Una vieja mendiga que le pide cinco céntimos es para Carola un hada que quiere probar su buen corazón, a menos que sea una gran dama disfrazada para huir de sus perseguidores.

Un golfillo que juega al «goa» en medio de la calle, puede muy bien, según Carola, a poco que sea rubio y pálido, ser un hijo de rey desposeído de su trono.

Y si su perrita Kiriki araña el suelo, en el jardín de la casa de campo, no cabe duda de que allí hay algún tesoro oculto.

Los papás de Carola se sonríen un poco — y en el fondo se desesperan — de esta manía de su hija; sus hermanos Pepin, Lola y Carlitos, se rien de ella.

Y Carola, ofendida en su dignidad de heroína desconocida, a quien han de sucederle cosas sorprendentes, ha resuelto, de algún tiempo a esta parte, callar sus asombrosos descubrimientos y saborear en silencio las incidencias maravillosas que pueblan su vida, mejor dicho su imaginación. Se halla ahora veraneando en un precioso pueblecito de la sierra, donde disfruta del fin de las vacaciones, en compañía de sus papás, de sus hermanos y de un sinfín de amiguitos.

¡Qué propicio es el tal pueblecito para los misterios! Hay sobre todo cierta selva virgen...

Bueno, vosotros o yo encontraríamos el pueblecito sencillamente agradable y risueño; y su selva virgen se nos aparecería sin duda como un modesto bosque de pinos. Pero se conoce que nosotros tenemos la imaginación menos calenturienta que mi amiga Carola.

Precisamente aquella tarde Carola había ido con su pandilla de amigos y hermanos a merendar y a jugar cerca del bosque..., perdón, de la selva.

A un partido de gallinita ciega, siguió uno de pelota; luego uno de cuatro esquinas, mejor dicho, de cuatro árboles; por último, le tocó el turno al escondite.

Para ocultarse mejor, Carola se internó entre los árboles y anduvo unos minutos, al cabo de los cuales se encontró con que había atravesado la «selva virgen» de punta a punta y se hallaba en el extremo opuesto a aquel en que estaban sus amigos.

Entonces miró en torno suyo y vio algo raro, pero raro de verdad: era una casita destartada que había al borde de la carretera. Y lo raro consistía en que — aparte de cierto aire sospechoso y hasta vagamente trágico que le encontró Carola — no recordaba haberla visto nunca en aquel lugar.

— Nada me sorprendería — murmuró — que esta casa sirviese de punto de cita a alguna partida de bandidos.

No bien acababa de hacer esta reflexión, oyó el ruido de una bocina y vio que un automóvil gris se acercaba por la carretera. ¿Cuál no sería la sorpresa de Carola al observar que el coche se detenía precisamente delante de la casita misteriosa?

— ¡Cosa más rara! — murmuró Carola, aguzando sus cinco sentidos.

Como medida de precaución se ocultó detrás de un árbol y asomó la cabeza para ver qué pasaba.

Del «auto» bajaron tres hombres; dos iban de gorra y tenían un aspecto muy poco tranquilizador, aunque Carola sólo los viese de espaldas. El tercero estaba elegantemente vestido, demasiado elegantemente, pues resulta raro — esto sí que resulta raro — hallarse en un pueblecito de la sierra a las cinco de la tarde con levita y chistera.

Penetraron los tres en la casita, pero al ir a entrar, el tercero se volvió sin duda para dar una orden al chofer, y Carola, al verle, sintió que los pelos se le ponían de punta: aquel hombre llevaba la cara cubierta por un antifaz de terciopelo negro.

No intentaré siquiera describiros las impresiones de Carola; en medio de su asombro, su horror, su miedo y su alegría por presenciar — por fin — algo extraordinario, conservo bastante preseneia de ánimo para pellizcarse, suponiendo que pudiera estar soñando; pero no, el pellizco lo sintió perfectamente; estaba despierta; tan despierta como yo lo estoy al relatar esta historia espeluznante y vosotros los estaréis — supongo — al leerla.

Casi inmediatamente, el enmascarado reapareció; detrás de él venían los dos hombres de gorra; ¡horror!, estos dos hombres arrastraban a una mujer rubia, desmelenada, que se retorcia desesperadamente, con la boca amordazada por un pañuelo. La metieron en el coche, subieron todos y el carruaje trágico desapareció, no sin que Carola — admirable previsión — retuviese en su memoria le número de la matrícula: 24.287.

Pero Carola reflexionó; no la creían, y se reírían de ella.

Lo mejor era proceder con cautela detectivesca; si, ella sería la primer mujer detective española; descubriría el misterio de la casita, del enmascarado, de la dama raptada y del coche gris.

Les diría triunfalmente a sus papás y a sus hermanos...

Pero lo que les diría, lo sabremos en el próximo número.

(Continuará en el próximo número.)

